

Señor libraba su salvación de todos cuantos diesen limosna para esta obra, en este servicio que le habían de hacer de darla, y esto aunque la limosna fuese muy poca; y más que en la iglesia no ha de haber armas ni letrado ninguno. Esto de las armas me lo dijo cuando me iba, como reconociendo su memoria, y que se había olvidado de decirme lo.—Yo le dije: ¿Y las de la Santa?—Respondió: Ésas, sí.—¿Y las de Nuestra Señora no las pondremos?—También.»

La narración de todos los pasos que dió, y de los percances y cosas harto maravillosas que le sucedieron pidiendo limosna, es interesantísima y de lo más gráfico: puede leerse en la declaración ya publicada. La obra antigua se derribó en muy breve tiempo, deshaciéndose hasta los cimientos, de modo que se empezó la nueva el día mismo del glorioso Patriarca San José, á 19 de marzo.

En otro viaje de Mora á Ávila, llegó el Jueves Santo, 3 de abril, y pudo hablar con la monja Fulana, que le había recomendado su confesor: ya entonces tenía licencia del Provincial para hablar con todas ellas.

«Fuémonos á los oficios», dice, «el licenciado Mena y yo: y ellas á su coro. Y á la tarde pedí licencia para hablar á la monja para quien había traído el recado de mi confesor. Habléla en el locutorio, cerrados sus velos y rejas (que nunca se habla allí menos, si no es con padres suyos; y yo con haber tanto tiempo que las trato no he visto monja de ellas, sino la que abajo diré). Pues tratamos muy largo de todo. Contóme muchísimas cosas, todas correspondientes con las que mi confesor me había dicho, que alabé á Dios. Preguntéle por su compañera, y cómo se llamaba. Díjomelo, y por la memoria que tenía de todas caí luego en ella. Es monja seglar, y muy simple ó sencilla para las cosas del mundo; y para las cosas de espíritu gran persona, muy gran sierva del Señor, y recibe de su mano muy grandísimas mercedes. Entre ellas fué una darle parte cuando se hacía la iglesia mal hecha, que no había de ser así, y que ella lo vería. Y lo mismo había dicho á su compañera. Y dí-

jome esta monja, que el Señor fué servido se comunicasen las dos en esto de esta iglesia; y que al primer principio la seglar había escrito á Guillamas la hiciese, y así la empezó con aquella pobreza. Díjome muchísimas y grandísimas cosas de su compañera; y siempre se iba echando fuera, atribuyéndolo todo á la seglar, y que ella no era sino como lengua de la otra; y como no hablaba con nadie por ser seglar, ó pocas veces, la del coro hablaba por ella y escribía.

«Muchísimas cosas me dijo conforme á las de mi confesor: entre ellas, lo que ganaría con Dios el que haría limosna para esta obra, y otras muchísimas cosas, que no son para poner aquí, pues no son para este efecto. Díle el recado de mi confesor, pues la primera vez que allí fuí no pude. Recibiolo, y que lo diría á su compañera: la cual dice le había dicho que en la oración tenía noticia de este padre; y que le dijese que esta sierva de Dios su compañera era muy devota de San Antonio de Padua, y que le había alcanzado de Nuestro Señor que este padre entre millares de su Orden fuese el que entendiése en servir á su Majestad en esta obra. Á mí me dijo otras cosas de parte de su compañera, que no hay para qué decir las aquí, que para el efecto no son á propósito. Mas una sí, que enmendase mi vida, y fuese muy humilde en todos mis caminos. Bien veía que lo había bien menester, pues tanto la he empleado toda ella en ofender á tan gran Señor. Sea por todo bendito y alabado.

«En fin, á cabo de estar casi tres horas juntos me despedí, y dijo dijese al Padre mi confesor, de parte de entrambas, harían lo que les pedía, y ella aunque miserable pecadora lo haría mientras viviese, y aceptaba de muy buena gana la participación de sus sacrificios y oraciones. Díjome la diferencia que había habido en lo de el hacer la iglesia de bóveda ó madera; y que todo el convento las más eran de parecer que de madera, y lo decían en presencia de ella y su compañera. Como sabían lo que se les había dicho á cada una de por sí en la oración, callaban y miraban la una á la otra. Y como veían continuar la obra, y por otra parte habían entendido al contrario, decían á solas entre sí: ¿cómo ha de ser esto, que se nos ha dicho? que la obra va muy adelante, y pondrán presto la madera. Causábales alguna confusión; pero por otra parte tenían certeza que la palabra había de ser verdadera, como

ha sido y para siempre será. Díjome una cosa, que para haber de fortificar, y sobre las paredes y rejas poner y levantar las recuevas, habían dicho los oficiales que era menester poner un botarate ó estribo, que caía dentro de el capítulo; y que se juntó el convento á tratar de ello, y se resolvió que no se echase ni se ocupase el capítulo. Y que las cegó Dios de tal manera á todas, que cuando yo les traté de derribar la iglesia para hacer la nueva fundación, fué menester derribar todo el capítulo, y sin haber réplica ninguna en todas, dieron su voto que se derribase capítulo é iglesia. Pues en verdad que no podían tener confianza en el trazador que les dijo que la derribasen, pues no le conocían ni habían visto otra vez, ni sabían era rico ni poderoso, sino un pobrecillo, que es asco pensar que podía ni valía nada; y el Señor las cegó para que no viesen ni cayesen en esto.

«Despedido de la monja, que era ya casi noche jueves, fuíme á la iglesia, que por estar derribada el cuerpo de ella, y atajado un pedazo en la capilla mayor, allí hacían los oficios estrechamente.»

Partióse Mora al día siguiente para el Escorial, donde estaba el rey, de quien obtuvo una buena limosna, y siguió su viaje hacia Madrid.

«Ese día sábado», prosigue su declaración, «llegué á Madrid, dos horas después de anohecido... Y así día de Pascua de Resurrección, por la mañana, fuíme á confesar, y dije á mi confesor cómo había estado en Ávila y dado el recado á la monja, y lo que me había respondido. Ya como yo sabía quién era la monja compañera, quise probar al Padre, si era la misma la que él me decía; y persuadible mucho me hiciese merced de decirme quién era la compañera, y cómo se llamaba. Tornóme á decir lo que antes: Ella lo sabe; y yo tornar más y más á porfiar. Al fin me dijo: Llámase Fulana.—Yo le repliqué: Hay cuatro de ese mismo nombre en la casa; hágame merced de decirme cuál de éstas es.—Él con mucha risa me dijo el sobrenombre. Que yo alabé mucho á Dios en ver que sin saberse ni escribirse ni el uno de el otro, ni el otro de el otro, fuese esto. Díjele lo que habíamos tratado la monja y yo, y cómo ella se hacía nonada, y cómo la compañera era á la que hacía el Señor merced en esto de esta obra. Él me dijo: Ella

es también como la otra.—Yo le dije: Padre, díjome que su compañera decía que le agradeciese su Reverencia al Señor San Antonio de Padua el haberle el Señor tomado por instrumento para su iglesia. El bendito Padre volvió á un lado de la pared, donde tenía pegada una estampica pequeña de San Antonio, junto á una cruz de madera (que no había otras imágenes en la celdilla): con grande alegría le besó, y dijo: ¡Oh mi bendito Antonio!—Y me acuerdo que se le saltaron las lágrimas, y hizo harto para reprimirlas, porque yo no le viese.»

Hasta aquí Francisco de Mora.

Y ahora nos repetimos la pregunta, que varias veces nos habíamos hecho en un principio al leer su prolija y desenfadada narración, cuáles eran en San José de Ávila «esas dos almas á quienes el Señor amaba mucho». Hoy podemos contestar con toda evidencia, que la religiosa de coro no era otra que la Madre Teresa de Jesús, nuestra primera carmelita americana. Bastaría para presumirlo, además de su carácter tan bien pintado, fijarse en el grupo de monjas que á lo vivo nos describe Mora, sentadas junto á la fuentequilla de la huerta: la priora Isabel de Santo Domingo y la superiora Isabel Baptista de un lado; Inés de Jesús, clavaria, y la monja que había dicho Fray Domingo, del otro; y ésta no podía ser sino la otra clavaria, que era entonces Teresa de Jesús. Mas la certidumbre se completa al leer la segunda declaración, dada por ella casi al mismo tiempo que la de Mora, y dos años después de la escena descrita: coincide al dedillo con la del simpático arquitecto, y la declarante al hablar de la intervención del Padre Fray Domingo de Santa María y de los hechos extraordinarios que hemos visto, añade: «todo esto y lo demás, se lo dijo á dicha declarante Francisco de Mora, debajo de grandísimo secreto en las fuerzas que se pueden pedir». Y en cuanto á la compañera, el dato preciso de las cuatro de un mismo nombre, nos permite reconocerla inmediatamente en la lista de la comunidad de aquel año: es la

Hermana Catalina de Cristo, religiosa conversa ó seglar, de altísima virtud, que había profesado quince años antes: contábase entonces, además, en la comunidad tres Catalinas, religiosas de coro<sup>1</sup>. Y como el que se humilla será ensalzado, los grandes encomios que hacía la Hermana Teresa de Jesús de su amada compañera leguita, teniéndose á sí misma por nonada, redundan hoy en gloria de ella misma, según el dicho auténtico y característico del celoso é inspirado Fray Domingo de Santa María, el devoto amigo de San Antonio de Padua: *Ella es también como la otra.*

Siguió Francisco de Mora dirigiendo personalmente la obra, para lo cual hacía viajes continuos á Ávila; y tan eficaz fué su entusiasmo y abundantes las limosnas, que á principios de 1610 la nueva iglesia estaba ya al terminarse, según declara él mismo, que todo se iba obrando por cuenta de Dios; «pues lo ha hecho tan bien, que hoy, están casi acabadas (iglesia y capillas), y se está cerrando la bóveda de la iglesia de una piedra hermosísima, que es jaspe blanco y colorado, y toda la iglesia de piedra de sillería, y el pórtico de otra más fina, toda de berroqueño, que es para alabar á Dios, y están gastados hasta hoy nueve mil ducados: esto sin un santo, que hay encima el pórtico, que es San Josef con el Niño, de piedra mármol

<sup>1</sup> La Hermana Catalina de Cristo nació en Villacastín, el año de 1565; era hija de Andrés Muñico y María Rodríguez. Fué muy inclinada á toda virtud desde niña, y muy devota de la Pasión de Jesucristo. Profesó á los veintiocho años, el 20 de abril de 1593. En extremo humilde, penitente y caritativa, ocupábase ordinariamente en el oficio de la cocina. Según la Crónica de la Orden, que habla de ella con altísimo elogio, fué muy favorecida de Dios en la oración, tuvo penetración de espíritus y previsión de cosas futuras. En los últimos años la consultaban personas de categoría, y aún, á veces, los prelados. Murió con fama de santa y asistida por Nuestro Señor y María Santísima, San José y Santa Teresa, el 19 de diciembre de 1627. Tal fué la compañera y amiga de la Hermana Teresa de Jesús. (Reforma de los Descalzos, t. IV, l. XVII, c. 44.)

de Génova, que la dió el rey de limosna, y cuesta sólo de manos (sin la sierra y diadema y vara, que han de ser de bronce dorado) seiscientos ducados, que puesto como ha de estar costará ochocientos; y la iglesia, después de acabada, sin rejas ni retablos, ni ornamentos, llegará el coste á doce mil quinientos ducados. Las puertas se hacen de madera de Angelix, que es incorruptible, traída de la India de Portugal, con su clavazón de bronce dorado.»

«Todo esto he dicho», concluye Mora, «para que se alabe á Dios, que es el que lo hace, y se vean sus trazas, que mil veces me he acordado de aquellas palabras que dice la Santa al fin del libro de su Vida, que son éstas: 'Esto era todo en San Josef de Ávila, adonde también entendí: tiempo vendrá, que en esta iglesia se hagan muchos milagros; llamarla han la iglesia santa: esto entendí en San Josef de Ávila, año de 1571.' Y muchas veces me ha dicho esto mi confesor, y él no la llama por otro nombre sino la *iglesia santa.*»<sup>1</sup>

El Padre Fray Domingo de Santa María, conversando con su hijo espiritual, pronunció cierta vez uno de los más estupendos elogios que se han dicho de Santa Teresa de Jesús: «Con lo que á esta Santa le sobra para su canonización, se podrían canonizar muchos santos.»

Y Mora pone fin á su declaración con estas palabras, que transcribimos por no haberse publicado nunca antes.

«Ha pocos días que me dijo (la priora), como yo voy allí de dos á dos meses: Agora, Señor, nosotros podemos decir lo que los de Samaria: ya no creemos por lo que tú nos dices, sino por lo que nosotros vemos.—También el obispo de Ávila, viendo mi continuación, me dijo: Éste es un milagro de la santa Madre, traer tan continuo aquí á Francisco de Mora; que si lo hubiéramos menester para alguna cosa, ni una vez

<sup>1</sup> Mora cita conforme á la edición de Salamanca, hecha por Fr. Luis de León, que agregó como adiciones á la Vida algunos pasajes de las Relaciones. El citado no se halla propiamente en el libro de la Vida, sino en la Relación III, en estos términos: «Una vez entendí: *Tiempo vendrá, que en esta iglesia se hagan muchos milagros: llamarla han la iglesia santa.* Es en San Josef de Ávila, año 1571.»

no pudiéramos por tan ocupado con el rey, aunque se lo pagáramos muy bien. — También los de la ciudad no acaban de entender lo que sea. El Señor sea bendito. Amén.»

La Hermana Teresa de Jesús gozó grandemente en ver terminarse la obra de la iglesia, que ella en la oración había sabido ser voluntad de Dios; pero ya no alcanzó á disfrutar de la nueva fábrica, pues sus comunicaciones con el Esposo Divino iban á continuarse en toda la bienaventuranza de la Jerusalén celestial.

La elección de la nueva prelada había recaído, ese mismo año de 1610, á 19 de febrero, en la Reverenda Madre Ana de San Alberto<sup>1</sup>, saliendo superiora la Madre Inés de Jesús: la Hermana Teresa de Jesús siguió de claustraria. Poco después de esta fecha escribió á la Venerable Ana de San Bartolomé, que estaba en Tours, adonde había ido á fundar, esta carta, probablemente la última suya á su santa amiga, que por esto la conservó llevándola consigo á Amberes, en cuyo monasterio, el mismo que ella fundó, se conserva junto á sus venerandos restos. La transcribimos aquí íntegramente con todos sus pormenores familiares mezclados á noticias interesantes, y al fin del libro la reproducimos en facsímile, gracias á la bondadosa cooperación de las carmelitas de aquel bendito monasterio, uno de los más célebres y observantes de la Orden.

#### *Jesús.*

«Sea con V. R., Madre mía carísima, y la dé la salud y bienes espirituales que cada día suplico á su Majestad, confiando que, aunque mis oraciones son tan pobres, las recibirá por ir hechas con tanta voluntad y por quien Él tanto ama como V. R.

<sup>1</sup> Nativa de Ávila, é hija de Gil del Águila y María de Anaya; profesó el 7 de septiembre de 1593, de veinte y seis años de edad: era, pues, contemporánea de Teresa. Murió el 8 de octubre de 1644. «Esmeróse», dice la nota necrológica del registro del monasterio, «en la virtud del silencio y oración, teniendo en ella muchas mercedes. Tenía mucha caridad y mucha paciencia.»

Su carta, Madre mía, fecha del día de nuestro Padre San Josef, recibí un día destos por vía del Sr. Martiz Martínez, y con ella recibí particular consuelo, porque la tenía muy deseada, por haber hartos meses que no había visto ninguna de V. R. Pienso que, dende que está por acá el Sr. Toribio Manzanos<sup>1</sup>, ya yo le había pedido escribiese largo á V. R. de todo lo que por acá pasaba y de cómo nos había ido á ambos antes que la elección se hiciera, en el cual tiempo no nos faltaron mortificaciones, y así el tiempo que estuvo aquí la primera vez casi fué para mí y otras como si no estuviera. Fuése á su lugar sólo ordenado de grados y corona: el Sábado Santo, que son otras órdenes, no vino, porque diz que cayó malo y no pudo, que harto lo sentimos la Sra. Doña Luisa y yo. Después tornó á venir, y ya teníamos hecha elección; y aunque hubo dares y tomares, fué Dios servido que salió por priora la M. Ana de San Alberto, que para mí fué la más á propósito que podía salir, porque me quiere bien y me hace mucha caridad; y así luego nos dió licencia al Sr. Toribio y á mí que nos pudiésemos hablar por la sacristía, aunque él ha usado poco della, pero al fin hemos pasado mejor que antes, y le llamo cuando es menester algo, y le pedí los recados de V. R. y me los dió, y tengo bien guardados, como lo demás, y con harto consuelo mío; porque espero en Dios que, aunque agora hayamos andado en esto y otras cosas tan á sombra de tejazos (?) y pasado trabajos por la fidelidad y secreto que debo á mis amigos, que ha de venir tiempo de bonanza y de sacar Dios á luz y seguridad la verdad: yo le doy infinitas gracias por la merced que me ha hecho aunque indina en hacerme como archivo de muchas de por allá y de por acá, y esto baste para carta y buen entendedor, á quien yo amo más de lo que puedo decir y amaré hasta la fin. Creo que V. R. no me dejará de pagar en lo mismo y de ayudarme con sus santas oraciones con las veras y continuación que la tengo tan pedido y con tanta necesidad. En esta casa la hay de la vida de Francisco de Mora: pídasela

<sup>1</sup> Este joven eclesiástico era sobrino ó pariente cercano de la M. Ana de San Bartolomé, pues sabemos que la Venerable era hija de Fernán García y Catalina Manzanos; acompañóla en su viaje á Francia, y aun tuvo intenciones de quedarse en París á estudiar; mas por esta carta se ve que seis años después andaba todavía en los principios é ignoramos si coronó su carrera.

V. R. mucho á Dios, y que le haga santo, que buenos principios y medios lleva; no se puede decir lo que hace ni cuál va la obra de la iglesia: es todo cosa milagrosa. Quiere mucho á V. R. por la noticia que yo le he dado; mucho me ha pedido dé de su parte muchos recados á V. R. y la pida le encomiende á Dios. V. R. los reciba y me haga placer de escribirle con mucho amor y agradecimiento. Mire que hay más misterio en esto del que aquí puedo decir. Y encaminando la carta al Sr. Martínez verná muy segura, que del me valgo yo para las mías, y no es de los amigos á quien quiero menos y debo, que es mucho lo que en él tengo: sea Dios loado por todo<sup>1</sup>. Al Sr. Toribio harto le animo á que estudie y que consuele por cartas á V. R., porque me pesa de verla tan sola y sin esta ayuda que para sus negocios solía tener<sup>2</sup>. Él también lo siente y no sabe qué se hacer, porque yo no querría que á cabo de tanto tiempo se tornase allá sin ordenar. En lo que yo pudiere, crea, mi Madre, que le animaré á todo, y que le favorecen estas señoras con gran voluntad, que cierto es cosa notable la que tienen á V. R. y sus cosas. El Sr. Don Francisco anda bueno y con buenos deseos ha tomado gusto de venirme á hablar algunas veces, y con él toma todo lo que le digo, de lo cual está muy contenta la Sra. Doña Luisa, y yo lo estoy de que puedo mejor que antes acudir á estas cosas con la M. Priora de agora<sup>3</sup>. V. R. se lo agradezca cuando la escriba. Con harto ánimo ha llevado la muerte de nuestra Hermana Catalina de la Asunción, que fué día de San Juan de mayo, al septeno de cuando le dió el mal, que fué vómitos y cámaras<sup>4</sup>. Espantadas estamos de los juicios de Dios en asir de aquella moza y sana en tan pocos días, y dejar otras de tanta edad y enfermedad como hay: Él sabe lo que nos conviene; sea su

<sup>1</sup> ¿No sería este Sr. Martínez algún sacerdote de Ávila, con el cual podía alguna vez comunicar su espíritu la Hermana Teresa de Jesús?

<sup>2</sup> En esta carta se percibe la huella de las dificultades que tenían las carmelitas españolas en la fundación de los monasterios franceses, y el recelo con que á su vez los superiores de España miraban su correspondencia con los conventos españoles.

<sup>3</sup> D. Francisco y D<sup>a</sup> Luisa debían de ser dos esposos de familia noble de Ávila, que no acertamos á identificar.

<sup>4</sup> En efecto, según los libros del convento, la Hermana Catalina de la Asunción, de coro, que había profesado en 1591, falleció el 6 de mayo de 1610, fiesta de San Juan *ante Portam Latinam*.

nombre bendito. Supriora salió la M. Inés de Jesús. Yo me soy sacristana y clavaria, como solía, y bien contra mi voluntad, que ando cansadísima y con poca salud. Agora nos ocupamos en dar las informaciones para la canonización de nuestra Santa Madre. Hartos testigos y buenos salen: bendito sea Dios; y todos con tanta devoción, que no parece es en su ciudad. Y así, cuando presentaron los remisoriales, fueron tantas las fiestas que hicieron y la solenidad, que por admiración dicen los prelados (?) lo han de imprimir, para que lo vean en otras partes<sup>1</sup>. En teniendo yo relación de todo, la enviaré á V. R., porque se huelgue más. Á todas sus hijas las de allá me dé mil recados de mi parte y mande me encomienden á Dios, y tengan muy por hermana; las de la cocina son nuestras carísimas de acá<sup>2</sup>, dellas reciba V. R. mil recados, que son á las que dí más en particular los de V. R., á quien Nuestro Señor me guarde otros tantos, y me conceda lo que deseo para gloria suya, aunque sea tarde.— De San Josef de Ávila, y de mayo 24, año 1610.— *Theresa de Jesús.*»

Por esta carta vemos, en primer lugar, que la salud de la Hermana Teresa de Jesús estaba ya entonces muy débil y achacosa. ¿Qué enfermedad era la suya? No lo sabemos á punto fijo; pero este síntoma de andar *cansadísima*, como ella dice, y la forma extraordinaria de la letra de su firma trazada la víspera de su muerte, ó tal vez ya con moribunda mano al entrar en agonía, nos dan un fuerte indicio de que la llevó á la tumba alguna dolencia del corazón, heredada de su padre. Penas morales no le faltaban tampoco, según se ve, como no faltan en los mejores monasterios para la santificación particular de todos y cada uno de sus miembros. Á nuestra carmelita, como á su santa tía, los negocios temporales de su hermano Francisco debían de serle también motivo de con-

<sup>1</sup> Los preladados eran á la sazón el obispo de Ávila, Ilmo. D. Lorenzo Otaduy y Avendaño, y el provincial de los carmelitas descalzos, Rev. P. Fr. Pedro de los Ángeles.

<sup>2</sup> He aquí una prueba más de la intimidad de la Hermana Teresa con la Hermana Catalina.

tinuos sinsabores, y de ello es prueba cierta carta de su cuñada Doña Orofrisia de Mendoza, que aún se conserva y se citará más adelante. Por lo demás, en la carta propia de ella compréndese el amor respetuoso y tierno que tenía á la venerable Ana de San Bartolomé, no menos que el bajísimo concepto que de sí misma hacía, sin cejar empero en su anhelo de perfección. Los últimos meses de su vida los pasó, poseída de veneración y amor á su santa Madre, preparándose en su interior y recogiendo documentos para lo que debía decir en su declaración del proceso remisorial. Y, cosa por demás notable y digna de memoria, esta declaración suya la dió la víspera misma de su muerte, «en el convento de carmelitas descalzas de Avila», (como empieza el acta larguísima que ocupa 91 fojas del legajo original), sin duda *intra clausuram*, en la enfermería ó la celda de la enferma, «á 9 de septiembre de 1610, por ante el juez delegado Don Alonso López de Orduña, provisor de Ávila, y el escribano Antonio de Ayala»<sup>1</sup>. Esta declaración es mucho más importante que la primera, de catorce años antes: aquí la sobrina de Santa Teresa entra en circunstancias minuciosas acerca de la santa Madre, algunas

<sup>1</sup> Antes que la Hermana Teresa de Jesús declararon en el proceso remisorial de Ávila la M. Isabel de Santo Domingo y las Hermanas Isabel Baptista, Ana de los Ángeles y Petronila Baptista. — La comunidad de San José de Ávila en 1610, después de la muerte de la Hermana Catalina de la Asunción, se componía de las siguientes diez y nueve monjas: R. M. Ana de San Alberto, priora, profesa en 1593; R. M. Inés de Jesús, supriora, p. en 1585; R. M. Isabel de Santo Domingo, p. en 1565; Hermanas Petronila Baptista, p. en 1568; Isabel Baptista, p. en 1570; Ana de los Ángeles, p. en 1581; Teresa de Jesús, p. en 1582; Catalina de San José, p. en 1587; Ana de San José, p. en 1589; Ambrosia de la Concepción, p. en 1591; Antonia del Sacramento, p. en 1598; Antonia del Espíritu Santo, p. en 1599; Isabel de la Madre de Dios, p. en 1605; Magdalena de la Madre de Dios, p. en 1606; María de Jesús, p. en 1606; Catalina de Jesús, p. en 1608; con las tres Hermanas legas, María de la Concepción, p. en 1584; Catalina de Cristo, p. en 1593; y Ana de la Trinidad, p. en 1598.

que hasta hoy se ignoraban, como la de la tercera copia del libro de su Vida; y sobre todo nos hace las más íntimas confidencias sobre sí misma, con el empeño visible de abatirse y anonadarse, cuanto más pudiera, ensalzando á su admirable tía, y haciendo hincapié en su propio desamor (que no se puede creer á la letra, recordando tantos testimonios favorables de la Santa), á fin de corroborar su imparcialidad. Toda la declaración respira el sentimiento más profundo de la compunción de la inocente y candorosa virgen y es un monumento de su humildad; porque, ya lo habrán advertido nuestros benévolos lectores, entre todas las virtudes que la adornaron desde muy niña, ésta fué quizá la más sobresaliente y heroica; de tal suerte que, en honra suya y para gloria de Dios, bien la podríamos llamar, en la historia del Carmelo y en la de la Iglesia americana, la humilde carmelita Teresa de Jesús, y juntarla como fragante Violeta á la Rosa y á la Azucena.

Murió realmente en olor de santidad, asistida sin duda por su santa Madre, el viernes 10 de septiembre de 1610, durante la octava de la Natividad de la Virgen Santísima, día adecuado para la que supo imitar su candor y ser una de las primeras flores del huerto americano consagrado al Divino Corazón de Jesús<sup>1</sup>.

Verificadas las humildes exequias de la humilísima carmelita, se la enterró en el suelo de la nueva sala capitular, donde hasta el día de hoy yacen sus restos mortales, y su tumba es mirada con afectuosa veneración.

Muy sentida debió de ser la Hermana Teresa de Jesús en su convento y Orden, no sólo por el parentesco estrecho que la unía con la santa Madre, sino por sus propias y relevantes prendas. Testimonio inequívoco de ello

<sup>1</sup> Murió la Hermana Teresa de Jesús de edad de cuarenta y tres años, diez meses y seis días, descontando los diez días del cambio de calendario: la edad poco más ó menos de la Beata Margarita María Alacoque.

son estas palabras de la Crónica: «Mucho esperaban las religiosas de su gran caudal; pero el Señor se dió tan buena mano á sazónarla con trabajos, con tentaciones, con sequedades y desamparos interiores (á los cuales, añadiremos nosotros, no faltó alguna compensación de consuelos y carismas), que muy en breve la enriqueció de merecimientos, y como fruta temprana la escogió para su mesa. Murió en su convento de Ávila, á diez de septiembre de este año»; «y á la misma hora», agrega después, «pareció en Francia á su muy íntima amiga y venerable Madre Ana de San Bartolomé, como ella misma lo escribe en una relación que hizo en Flandes, cuyas son estas palabras: 'Ella murió allá harto moza, y con una muerte, que los Padres que estaban allí dijeron, que tal muerte no era sino de santa. Parecía bien, que era con ella la santa Madre. Á esta hora yo estaba en la Francia bien descuidada que ella estuviese en este aprieto; y estando un poco recogida, vi pasar delante de mí á la Santa, que la llevaba de la mano. Yo lo sentí, y quedé harto envidiosa, y á poco tiempo me escribieron cómo había muerto á aquella hora que yo la había visto.' Confirmóse esta revelación con la que al mismo tiempo tuvo la venerable Casilda de San Ángelo en el convento de Valladolid, porque estando en gran desconsuelo, por el peligro de muerte y falta de la venerable Teresa, á quien con extremo amaba, le apareció Cristo nuestro bien, y le mostró el alma de la difunta gloriosa, que en compañía de la Santísima Virgen y de Santa Teresa se iba derecha al cielo, con que se trocó su pena en alegría.»

La misma Madre Ana de San Bartolomé, á fines de 1610, comunicó esta noticia desde Tours á Monsieur de Berulle, superior de las carmelitas francesas: «Teresa ya goza de Dios, con un fin muy dichoso que tuvo. Yo creo, según ella me escribió, que tuvo pena de ver mi letra, mas no fué esto causa de su mal, sino que Dios la quiso consigo.



Visión de la Venerable Ana de San Bartolomé:  
ella mira á la Hermana Teresa de Jesús entrando en el cielo,  
conducida de la mano por Santa Teresa.

Estampa del siglo XVII perteneciente al monasterio de carmelitas  
descalzas de Amberes.

son estas palabras de la Cruzada: «Mucho castigo de religiosas de su gran caudal; pero el Señor le dio una buena mano á sazónarla con trabajos, con penitencias, con sequedades y desamparos interiores y exteriores, para que nosotras, que somos apenas nada, pudiéramos aprender y cativarnos, que nos sea en gloria de los siglos venideros, y para que sea ejemplo de la vida de las religiosas. Yo me acordaba de lo que me contó una hermana de Francia á su muy buena amiga y hermana, la Madre Ana de San Bartolomé, como ella misma le contó una relación que ella le contó, cuyas son estas palabras: 'Ella murió una buena moza, y con una muerte, que los Padres que estaban allí dijeron, que tal muerte no era sino de santa. Fue esta Ana, que era con ella la santa Madre. A esta hora yo estaba en la Francia bien descuidada que ella estuviese en este aprieto; y estando un poco recogida, vi pasar delante de mí á la Santa, que la llevaba de la mano. Yo le sentí, y quedé harto envidiosa, y á poco tiempo me escribieron cómo había muerto á aquella hora que yo la había visto.' Confirmóse esta revelación con la que al mismo tiempo tuvo la venerable Casilda de San Ángelo en el convento de Valladolid, porque estando en gran desconsuelo, por el peligro de muerte y falta de la venerable Teresa, á quien con extremo amaba, le apareció Cristo nuestro bien, y le mostró el alma de la difunta gloriosa, que en compañía de la Santísima Virgen y de Santa Teresa se iba derecha al cielo, con que se trocó su pena en alegría.

La misma Madre Ana de San Bartolomé, á fines de 1610, comunicó esta noticia desde Tours á Monsieur de Berulle, superior de las carmelitas francesas: «Teresa ya goza de Dios, con un fin muy dichoso que tuvo. Yo creo, según ella me escribió, que tuvo pena de ver mi letra, mas no fué esto causa de su mal, sino que Dios la quiso consigo.



Visión de la Venerable Ana de San Bartolomé:  
ella mira á la Hermana Teresa de Jesús entrando en el cielo,  
conducida de la mano por Santa Teresa.

Estampa del siglo XVII perteneciente al monasterio de carmelitas  
descalzas de Amberes.



Murió la octava de la Natividad de la Madre de Dios, en septiembre. La santa Madre vino á mí con ella; mas paréceme era en sueños; y no se mostró ser muerta; estaban muy alegres las dos; yo no lo reparé, ni vi lo que era, más de que me consolé de verlas. Hasta que la carta vino de allá yo no hice caso dello. Ella ha sido bien dichosa.»

Terminaremos con estas palabras de una alma tan santa como la venerable Ana de San Bartolomé. *Ella ha sido bien dichosa*; y mientras anhelamos que, si fuere posible, la primera Carmelita americana sea glorificada por la voz infalible del Vicario de Jesucristo, podemos creerla y en privado venerarla como Bienaventurada.

Su angelical memoria debería vivir en todos los corazones de los católicos americanos, como una prenda muy preciosa que los une con la grande Santa y Mística Doctora. El que estas líneas escribe, el 3 de octubre de 1899 tuvo el consuelo de entrar en el monasterio de San José de Avila, postrarse sobre la losa sepulcral de la primera carmelita descalza de América, y compatriota suya, regarla con sus lágrimas y besarla reverente, pidiendo á Dios que en este nuevo mundo brillen siempre la fe y arda la caridad de las dos Teresas de Jesús.

así lo digo yo  
Teresa de Jesús

Facsimile de la última firma de la Hermana Teresa de Jesús, trazada con mano temblorosa á vísperas de su muerte: hállase en el proceso original para la beatificación de la Santa, (notaría eclesiástica de Ávila).